

Editorial

Las armas y las letras

DOI: <http://dx.doi.org/10.17081/eduhum.17.29.1250>

En la fachada del reconstruido Palacio de Justicia de la capital colombiana, frente a la estatua de un Bolívar con atuendo de César y del edificio del Congreso con sus grifos tan fantásticos como los personajes que lo frecuentan, se puede leer la sentencia, también seguramente refaccionada, de Francisco de Paula Santander: “Colombianos, las armas os han dado independencia; las leyes os darán libertad”. En mis años de estudiante de Derecho, cuando pasaba ante el edificio que lo precediera antes de que un *rocket* y un tanque de guerra la borrarán por primera vez, aquella frase me parecía una contradicción. Contradicción alimentada, además, por una especie de anarquismo que entonces estimaba. Y es, en efecto, una contradicción porque las leyes son como cadenas que limitan nuestra libertad.

Leyendo, sin embargo, algunos años después, las tragedias de los dramaturgos atenienses y los comentarios respectivos de Octavio Paz, entendí que el ser humano siempre está expuesto a traspasar los límites y las normas, y que la verdadera tragedia no ocurre cuando Edipo rompe el tabú y se casa con su madre, en quien engendra hijos e hijas. Más bien sucede a diario, cuando consideramos la posibilidad de aprovechar situaciones como obviar el trabajo, saltar un trámite, concretar una infidelidad, exagerar el precio de un objeto o no pagarlo. En esos momentos, cuando, a pesar del seno expuesto, la botella traslúcida con su licor a punto, la papaya puesta, nos controlamos y seguimos el curso de nuestra vida cotidiana, en esos momentos, somos totalmente trágicos y verdaderamente libres. Pues, libertad es control sobre nuestros actos, plena conciencia del destino social humano aunque sea doloroso, no la desmesura egoísta y plácida en su inmediatez.

Ese drama permanente en que el ser humano se debate ha sido particularmente sobreactuado en nuestro país desde los tiempos mismos de la ya hoy bicentenaria independencia. Justamente la sentencia del llamado Hombre de las Leyes se esgrimió para diferenciar las dos opciones con que el humano cuenta para solucionar sus más álgidos problemas: escoger entre las armas o las letras: el instinto o la razón: la fuerza o el intelecto. Pero, a pesar del continuo y rotundo fracaso de las armas y sus aliados

(la fuerza, la trampa, la marrullería) pocos líderes de este país han optado o parecieran estar dispuestos a optar por las letras.

El mismo Bolívar escogió las armas cuando decidió convertirse en dictador en 1828, pero también Santander hizo lo propio al participar, por ejemplo, en la llamada Conspiración Septembrina que la propició. Después, al desaparecer los dos héroes en discordia, surgieron constituciones y constituciones, letras y letras, cada vez que un caudillo se alzaba con el mando en nuestro pendenciero siglo XIX y, ahí sí, pretendía fundar su verdad única, no pocas veces bajo el principio filantrópico de que “la letra con sangre entra”.

Y, a diferencia del sultán cuya sed de venganza mitigó Scherezada con sus letras catárticas, el siglo XX nos halló en una disputa de mil y un días con sus noches, bajo el dominio de las armas perniciosas, *viviendo como los burros mientras al otro lado del río se concebían toda clase de aparatos mágicos*, según el juicio desencantado de José Arcadio Buendía. Y sin tregua malvivimos también todo el siglo XX, primero bajo la metralla del color azul; luego, del rojo; y luego de ambos; para *rematar* en ese carnaval de sangre atizado por las guerrillas, los narcotraficantes, los paramilitares y el propio Estado. No cansados de ello, los primeros diez años del XXI nos han pasado sin pena ni gloria a la sombra de las armas.

El desprevenido lector habrá recordado acaso a estas alturas el discurso del más famoso personaje de la literatura española, pero no está de más traerlo a colación: expone don Quijote ante unos sorprendidos contertulios las razones que deberían tomarse en cuenta para estimar quién tiene más valor en la República, si el soldado o el letrado. El trabajo del guerrero, que pone constantemente en riesgo su vida para defender las de los demás, así como el saber con que debe contar para imponerse en una contienda, hacen que el ingenioso hidalgo decida anteponer los méritos militares a los desvelos y angustias que padece quien privilegia la razón sobre las acciones.

Como queda dicho, esta conclusión del más grande idealista que conocieran los tiempos es idéntica a la que ha guiado la vida política colombiana, según un eslogan que a fuerza de repetir todos los días ya parece haber calado en las entrañas del pueblo: “Los verdaderos héroes (es decir, los guerreros) sí existen”.

Y, ciertamente, para ganar una guerra no basta la simple fuerza o el valor. No fue Aquiles, el valiente, quien logró penetrar la muralla de Troya, sino más bien la astucia de Ulises y su caballo hueco. La misma situación, guardadas las desmesuradas proporciones (siempre la realidad supera al arte),

fue la que llevó a Estados Unidos a la victoria en la Segunda Guerra Mundial, cuando de la mano de los científicos (es decir de los letrados) obtuvieron y utilizaron contra Hiroshima y Nagasaki la peor de las armas imaginadas.

Me permito, no obstante, diferir del pensamiento del ingenioso hidalgo, por demás tan atinado en casi todas las demás cuestiones. No creo que la alevosa hazaña de Ulises merezca el calificativo de sabia. Mucho menos la de los más preclaros hombres de la ciencia, a la sazón bajo el mando del único imperio de nuestro tiempo, que en 1945 lograron desintegrar el átomo. La inteligencia es ante todo un principio, un principio que no permite la desmesura ni se vale de la coacción.

En la guerra y el amor todo se vale, reza un adagio. Aunque el sentido de este adagio sugiere que la guerra y el amor son estados de excepción, no creo que las palizas que soportan a diario muchas mujeres de nuestro país sean precisamente una evidencia del amor. Por demás, contra la sabia advertencia de Santander, es bajo el primero de esos estados, permanente y ya no de excepción, en el que hemos vivido hasta hoy los colombianos.

Ahora, en vísperas de la concretización de un importante armisticio, parece que al fin nos daremos la segunda oportunidad sobre la tierra. Ojalá esa segunda oportunidad, que no tuvieron los Buendía, sea, al fin, la de las letras. Para que el último voto de un hombre de armas que no obstante siempre reconoció el valor de las letras sea acaso posible, y su muerte y la de tantos y tantos colombianos contribuya “al fin de los partidos y se consolide la unión”.

Antonio Silvera Arenas

Universidad Simón Bolívar

Editorial

Arms and letters

In the facade of the reconstructed Palace of Justice of the Colombian capitol, facing the statue of Bolivar with the attire of Caesar and the congress building with its griffins as fantastic as the characters that frequent it, one can read the sentence, also certainly renovated, of Francisco de Paula Santander: “Colombians, arms have given you independence; laws will give you freedom”. In my years as a law student, when I walked around the building before a rocket and a war tank erased it for the first time, that phrase seemed to me a contradiction. A contradiction fed, furthermore, by a kind of anarchism that was respected in that time. And it is, as a consequence, a contradiction because laws are like chains that limit our freedom.

Reading, however, some years later, the tragedies of the Athenians and the respective comments of Octavio Paz, I understood that the human being is always exposed to transcending limits and standards, and that the real tragedy does not occur when Oedipus breaks the taboo and marries his mother, in whom he conceives sons and daughters. Rather it happens every day, when we consider the possibility of taking advantage of situations such as evading work, skipping a step, being unfaithful, exaggerating the price of an object or not paying it. In those moments when, in spite of the breast exposed, the translucent bottle with its liquor ready, the papaya placed, we control ourselves and follow the course of our daily life; in those moments, we are totally tragic and truly free. Then, freedom is control over our acts, full conscience of the human social destiny though it is painful, not the selfish and placid excess in its immediacy.

That permanent drama in which the human being struggles has been particularly overacted in our country, since the same times of the now bicentenary independence. Justly, the sentence of the so-called Man of Laws was wielded to differentiate the two options on which humans count to solve their most urgent problems: choosing between arms or letters; instinct or reason; force or intellect. But despite the continuous and resounding failure of arms and their allies (strength, tricks, cajolery), few leaders from this country have chosen or seem to be willing to opt for the letters.

Bolivar himself chose arms when he decided to become a dictator in 1828, but also Santander did

the same by participating, for example, in the so-call September Conspiracy which favored him. After, when the two heroes disappeared in discord, there emerged constitutions and constitutions, letters and letters, each time that a warlord stood with the command in our quarrelsome nineteenth century and there did intend to establish his single truth, no few times under the philanthropic principle that “the letter with blood enters”.

And, unlike the sultan whose thirst for revenge mitigated Scherezada with his cathartic lyrics, the twentieth century found us in a dispute over a thousand and one days with their nights, under the domain of the pernicious arms, “living like the donkeys while on the other side of the river is conceived every class of magical equipment,” according to the disenchanted trial of Jose Arcadio Buendía. And without truce we lived poorly the whole twentieth century, first under the blue shrapnel; then the red one; and after both; to finish in this carnival of blood fueled by the guerrillas, drug traffickers, the paramilitaries and the state itself. Not tired of this, the first ten years of this century have passed without shame or glory to the shadow of arms.

The unprepared reader will have perhaps remembered at this stage the speech of the most famous character in Spanish literature, but it is worthwhile to bring it up: Don Quixote expounds to some surprised café companions the reasons that should be taken into account to estimate who has more value in the Republic, the soldier or literate. The work of the warrior, who puts his live at risk continually to defend those of others, as well as to know on what must he rely to prevail in a contest, makes the ingenious noble man decide to put military merits ahead of the efforts and anxieties that concern he who privileges reason over actions.

As it is said, this conclusion of the biggest idealist of all time is identical to the one that has guided the Colombian political life, according to a slogan that, by repeating every day, already seems to have penetrated in the consciences of the people: “Real heroes (that is to say, warriors) do exist”.

And, certainly, to win a war, force or value is not enough. It was not Achilles, the brave, who was able to penetrate the wall of Troy, but rather the cleverness of Ulysses and his hollow horse. The same situation, save the unconscionable proportions (reality always exceeds art), was that which led the United States to victory in the second world war, when in the hands of scientists (in other words, the learned) the worst of imagined arms were obtained and used against Hiroshima and Nagasaki.

Let me, however, diverge from the thought of the ingenious nobleman, otherwise so pertinent in almost all other issues. I don't believe the deliberate feat of Ulysses deserves the title of wise. Much

less that of the most illustrious men of science, then under the command of the only empire of our time, who in 1945 were able to disintegrate the atom. Intelligence is above all a principle, a principle that does not permit excess nor rely on coercion.

An adage says all is fair in love and war. Although the meaning of this adage suggests that love and war are states of exception, I do not think that the beatings that many women of our country bear on a daily basis are evidence of love. Moreover, against the wise warning of Santander, it is under the second of those states, permanent and not an exception, in which we as Colombians have lived until today.

Now, on the eve of the realization of an important armistice, it seems that in the end we will give ourselves the second opportunity on Earth. I hope that second opportunity, which the Buendías did not have, is, at last, the one of letters. So that the last vote of a man of arms, who nevertheless always recognized the value of the letters, is perhaps possible, and that his death and that of so many Colombians contributes “to the end of parties and consolidates the union”.

Antonio Silvera Arenas

Universidad Simón Bolívar